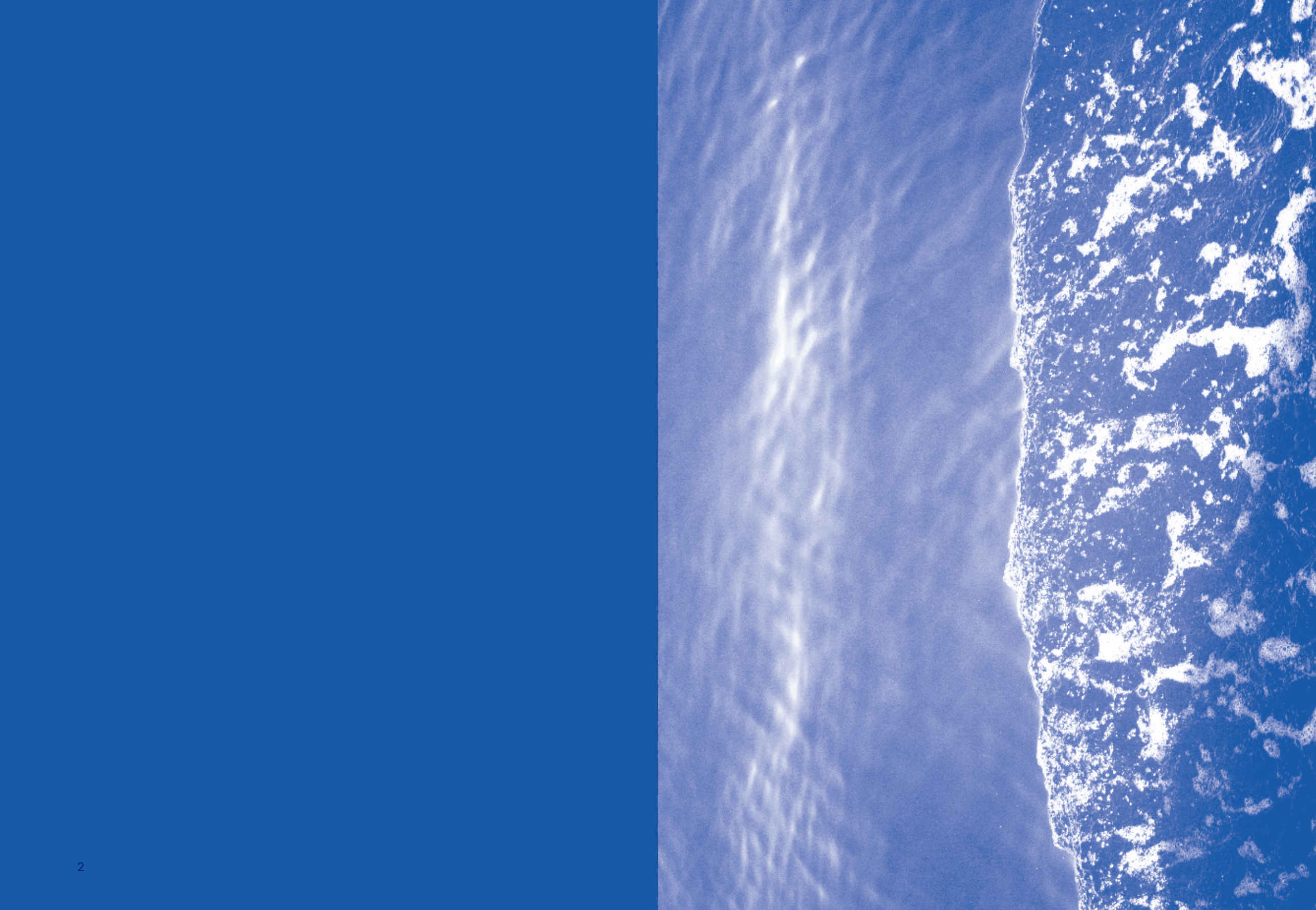
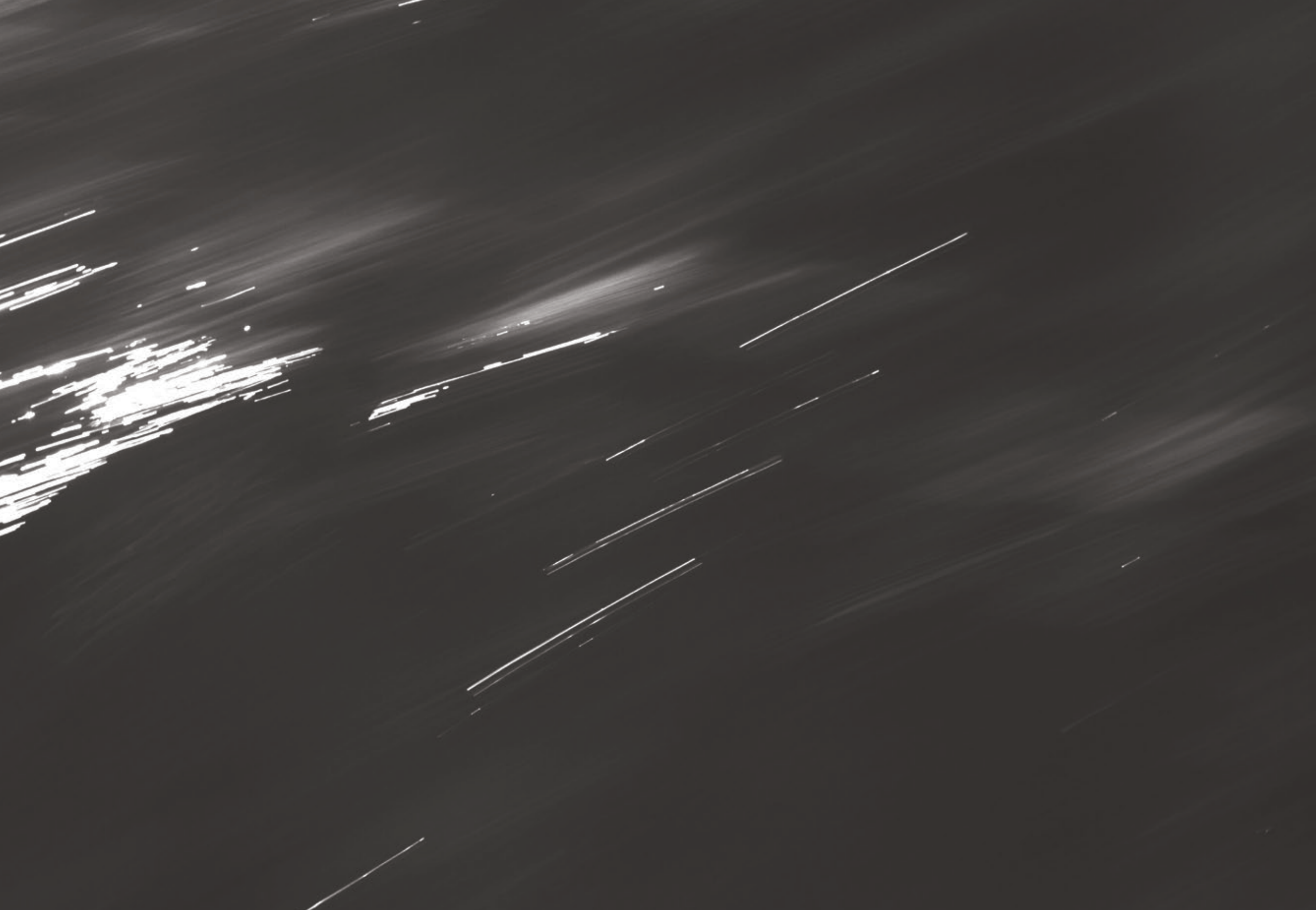




Archipiélago





...y ahora no puee uno caminar a pie pelao un poquito y anda saltando igual que el pájaro....

María Nahuelcar | Isla Apiao

...usted ubica la pachanca o los pingüinos?...
ellos cuando escuchaban que esos pájaros gritaban...
esto que calma que va estar el mar...

María Cheuqueman | Isla Mechuque

En las décadas siguientes el mundo buscará bosques como los nuestros. Se aspirará tocar un árbol de mas de mil años. Se emocionará con ese intrincado mundo de insectos, la filigrana de las hepáticas, el verdor de los musgos, la transparencia de los helechos, los mil colores de los líquenes, con aves y sonidos que una plantación de pinos no puede entregar.

Renato Cardenas, Diccionario Chilote Mapuche

Este libro es resultado de un proceso de exploración sonora del paisaje natural y cultural del mar de Chiloé, realizado entre los años 2017 y 2019. El proyecto nace como reacción a un desastre ecológico ocurrido en las aguas chilotas pocos años antes, evento que nos llevó a imaginar la escucha del entorno submarino como un medio para observar y medir la acción humana en el mar.

El agua, elemento que cubre la mayor parte de la superficie del planeta, es la base de toda forma de existencia biológica. El océano, esa gran masa de agua que conecta continentes y permite la vida, es un lugar inexplorado del que sabemos poco, un territorio sumergido en lo desconocido. Paradójicamente, llegamos al mundo en un entorno líquido, y nuestra primera escucha es acuática.

El proyecto Archipiélago fue una inmersión, un viaje, una navegación, una deriva, un encuentro, una escucha de la naturaleza y de territorios insulares remotos. Comenzó con el ejercicio de imaginar el paisaje sonoro de un mar en la distancia¹. ¿Qué suena en la profundidad? ¿Cuáles son las voces del océano? ¿Cómo resuenan sus relieves, su memoria geológica sumergida?

¹ Imagen sonora similar a la que evoca el antiguo *kōan* Zen: “si un árbol cae en el bosque pero nadie lo escucha, ¿hace algún sonido?”

El desastre ecológico de 2016 puso en la atención pública el territorio chilote. Para nosotros, dejó entrever una maquinaria que por décadas ha ido modificando el paisaje del archipiélago, un territorio que a pesar de lo inaccesible, fue alcanzado por los tentáculos de la maquinaria extractiva.

Sin saber mucho de estas islas, nos embarcamos en una serie de travesías, intuyendo que los acontecimientos que conocíamos en la distancia podían ser signos de cambios entre la tierra y el mar. Y con la esperanza de encontrar rastros de otras formas de relación con el paisaje.

Primer viaje | 28 al 31 de marzo del 2017

Iniciamos la expedición en Castro, embarcándonos a la deriva y sin rumbo fijo durante cuatro días. Fue una ruta de encuentro y descubrimiento a la escucha de profundidades y lugares donde imaginábamos que nunca nadie había escuchado.

La embarcación Quento² fue nuestro hogar y el laboratorio para las pesquisas, donde fuimos observando, midiendo y archivando las resonancias del océano: 150 metros, 100 metros, 80 metros, 10 metros. Exploramos aguas adentro, cerca de las islas, en los muelles, en las fábricas marinas. Escuchamos la presencia humana en la superficie y debajo del mar.

La actividad submarina nos pareció bastante homogénea en una primera escucha, pero con el tiempo fuimos distinguiendo características del relieve que nos llevaron a entender cualidades acústicas como el timbre o coloración de una determinada geografía. Allí donde la profundidad y el fondo marino operan como verdaderos filtros del sonido.

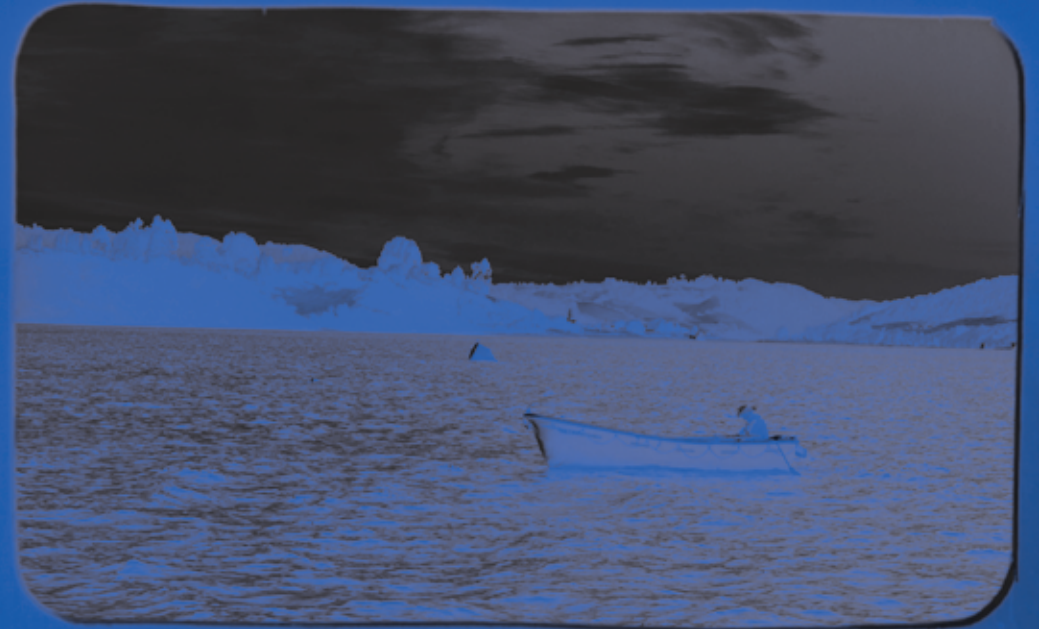
En zonas abiertas, percibimos la inmensidad del espacio como una reverberación profunda con un ruido de fondo similar al rugido del viento. Cerca de las islas, en zonas bajas y canales, escuchamos las modulaciones producto de la proximidad y la resonancia de señales sonoras desfasadas, produciendo un efecto de eco y sonido “AM”. En casi toda la ruta, de forma transversal, encontramos misteriosos estallidos provenientes del fondo marino, pequeñas y rápidas ráfagas explosivas generadas por multitudes de crustáceos accionando sus tenazas, quizás para cazar, aparearse o por simple diversión³.

² Embarcación de la expedición, de 19 metros de largo y construida artesanalmente. Su capitán es Raúl Garay.

³ Para escuchar los estallidos a que hace referencia revisar la pista Butachauques del lado A del Catálogo de olas, cassette que acompaña este libro.

...uste cree que hay brujo?.. ya no creo le decía.. por uno que ahora cristiano ya no ve na..
aunque cuántos había pero no se enfrentan pa verlo....

María Nahuelcar | Isla Apiao





La acción industrial fue un descubrimiento inquietante, una fábrica marina cerca de la isla Mechuque parecía una orquesta de flujos mecánicos, llena de soplos y ritmos repetitivos similares a una composición de música subacuática, cautivante y aterradora a la vez.

Un complejo sistema de irrigación mecánica alimentaba a los peces enjaulados, generando un flujo de circulación del alimento. Desde su interior -en el llamado pontón-, como también por debajo de la superficie, una sinfonía de tonos se ejecutaban de noche y de día⁴. No era muy difícil imaginar cómo esos complejos industriales, que arrasan el fondo marino con los desechos del alimento y los peces, van silenciando esas familias de crustáceos que viven en el suelo, y cómo la repetitiva composición mecánica no era más que el anuncio del silencio y desolación que dejarán a su paso.

Segundo viaje | 21 al 28 de febrero del 2018

Después de esta primera experiencia de navegación volvimos a tierra con la necesidad de ir ajustado el rumbo del proyecto y los viajes por venir.

El encuentro con el universo sonoro submarino nos llevó a replantear la forma en que estábamos considerando la travesía, como ejercicio de investigación y recolección de datos, para entenderla como un proceso performativo que permitiera conectar y compartir las escuchas del archipiélago.

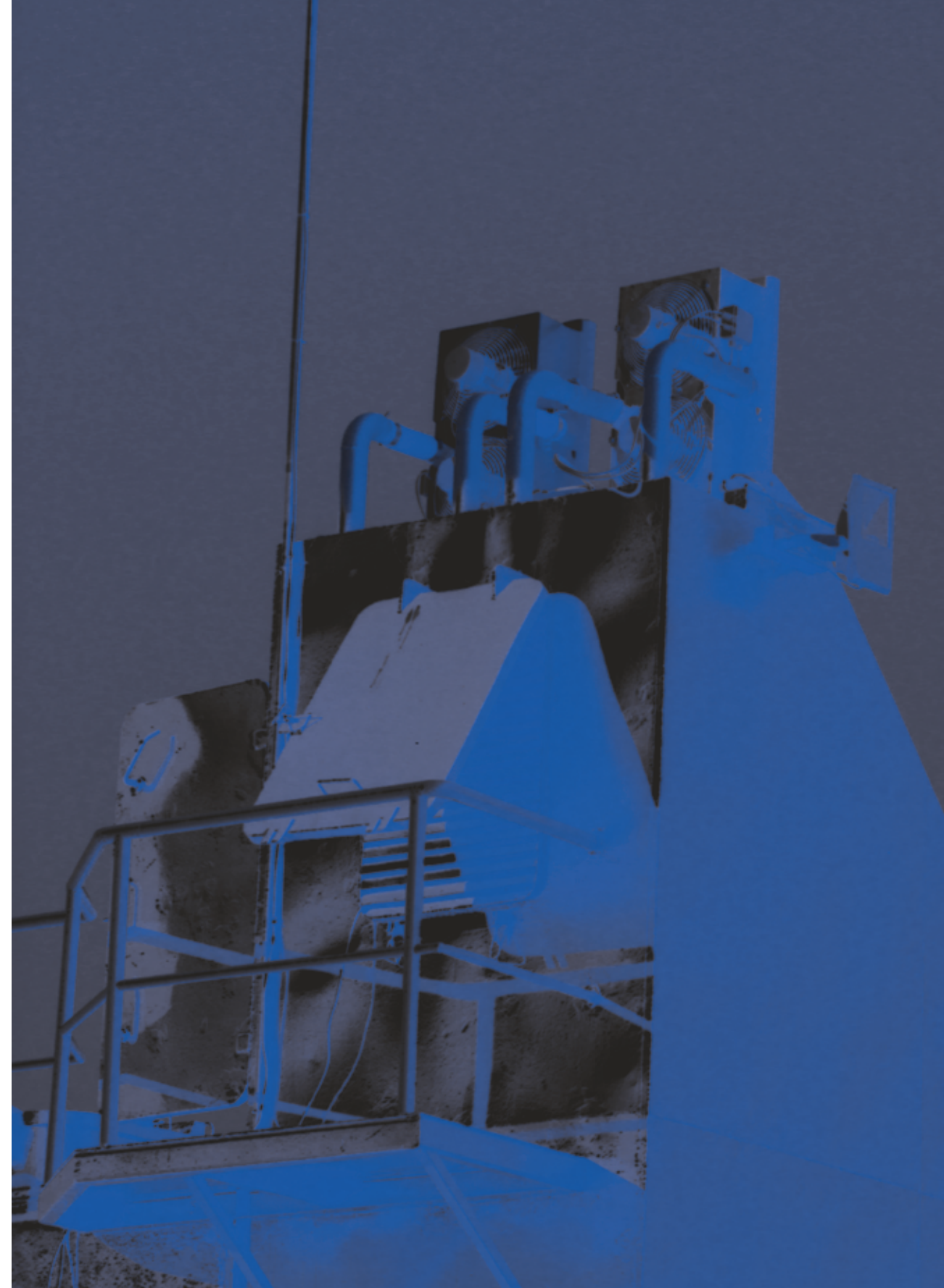
De esta forma, la acción del proyecto se expandió hacia la transmisión de señales, con la embarcación Quento como laboratorio para la captura y emisión de los paisajes sonoros del mar. No se trataba solo de observar y archivar, sino que también de compartir la escucha de los entornos que estábamos percibiendo bajo y sobre la superficie.

Así fue que la radio apareció como elemento central y significativo, el medio perfecto para amplificar el alcance y ritualizar el viaje. Con estas ideas en mente transformamos la Quento en un estudio radial móvil, que nos permitió conectar con una comunidad de radioescuchas de América y el mundo⁵.

En poco menos de una semana de navegación transmitimos una veintena de paisajes sonoros de atardeceres, muelles, aves, pontones salmoneros, crustáceos, lanchas, botes a remo, mareas, voces, mariscadores y muchas otras sonoridades de la actividad marina. La operación performativa consistía en ir mezclando y comentando cada una

⁴ Escucha el drone de las salmoneras en el archivo sonoro publicado en www.proyectoarchipelago.cl

⁵ Las transmisiones, que en esta primera etapa del proyecto fueron solo online, se realizaron en vivo por www.radiotsonami.org



de estas transmisiones eventuales, definidas según el interés que nos despertaba una determinada locación, y a partir de un conjunto de dispositivos de captura sonora instalados en la Quento: tres hidrófonos y micrófonos ambientales sobre la cubierta de la embarcación. Todos estos paisajes emitidos, señales encontradas dentro y fuera del agua, además de ser registrados y archivados, fueron pequeñas acciones rituales de escucha colectiva.

Hacia el final del segundo viaje, y durante el paso por la isla Mechuque, tuvimos un encuentro con Edison Paulino Barrientos, del museo Don Paulino, quien además nos presentó al músico local y folclorista Moloco. El encuentro nos motivó a invitarlos a la última transmisión del viaje. Así, llegaron entusiastas al estudio en la Quento, para dialogar sobre la vida en la isla y tocar música chilota, composiciones para voz, acordeón y guitarra del mismo Moloco⁶.

En esta última transmisión, centrada en la cultura local, la vida pasada y actual en la isla, aparecieron los dolores y virtudes que las últimas décadas han dejado, en especial desde la llegada de las salmoneras que fue el momento en que se iniciaron los cambios profundos del paisaje y la cultura insular.

También esta acción sirvió como una ampliación del alcance del proyecto, el que hasta ese momento se había centrado en el paisaje natural e industrial submarino, la voz de la naturaleza y el efecto humano sobre ella, para llevarlo a tierra, a los habitantes y la cultura de las islas remotas de Chiloé. Habitantes de un territorio postergado y abandonado, donde conviven conocimientos tradicionales con nuevas formas de vida contemporánea, y donde la memoria histórica vinculada al mar va quedando como un sedimento nostálgico de un pasado de pobreza y aislamiento, pero también de vida alegre y vínculo profundo con el paisaje y la comunidad.

Tercer viaje | 17 al 28 de marzo del 2019

Si la primera navegación fue un reconocimiento y mapeo submarino, y la segunda un canal de conexión y comunicación a distancia, la tercera fue una forma de crear puentes con la realidad territorial y cultural insular, para la construcción de gestos de intercambio con la comunidad.

Así, el proceso del tercer viaje estuvo centrado en rescatar y recoger el paisaje cultural y las voces locales, para modularlas y devolverlas a las islas y sus habitantes. Esto implicaba entender el trabajo territorial como una acción respetuosa con los tiempos y lugares, utilizando la escucha como método de aproximación.

Es común que las prácticas de paisajismo sonoro deriven en formas de extractivismo cultural, especialmente cuando se centran exclusivamente en el registro y la acumulación de archivos de territorios donde el paisajista no tiene ni busca una vinculación más allá de su propio interés poético y estético. Simplemente va y captura para luego procesar esos archivos desde otros lugares y tiempos que nada tienen que ver con las problemáticas e intereses de los mismos territorios explorados. El desarrollo natural del proyecto Archipiélago, a partir de los encuentros y experiencias de las navegaciones, nos llevó a plantearnos estos temas, y nos vimos en la necesidad de buscar maneras de conectar con los territorios insulares intentando evitar la instrumentalización, a pesar del limitado tiempo que tuvimos en cada territorio.

Así iniciamos el último viaje, desplazando el foco al trabajo con el territorio y la dimensión cultural. Recorrimos tres islas en total: Mechuque, Apiao y Quehui. En cada una bajamos a tierra para realizar dos acciones que fueron parte de un mismo proceso: contactar antiguos⁷, guardianes de oficios tradicionales o personas vinculadas al mar, interesadas en compartir sus testimonios de vida; y realizar talleres de radio experimental y paisaje sonoro con niñxs de las escuelas públicas, para explorar la escucha, la radio y la creación de relatos mediante el juego. Simultáneamente, fuimos informando a la comunidad que una embarcación/radio flotante⁸ estaría por algunos días trabajando en la isla, con el objetivo de realizar una emisión por el 88.7 FM⁹, bajo el nombre de Radio Chilwe¹⁰, una emisora efímera de solo un par de horas.

Así, la poética de la acción consistió en intervenir temporalmente las radiofrecuencias, para llevar por aire y en señal modulada, fragmentos de memoria local, paisajes sonoros del mar y experiencias de escucha registradas por niñxs, activando un rito de escucha simultáneo y colectivo.

⁷ Antiguos sigue siendo la denominación común en las islas del archipiélago de Chiloé para la gente mayor.

⁸ Instalamos un transmisor y antena en la embarcación Quento, la que literalmente fue una estación de radio pirata sobre el mar, con un alcance de señal de aproximadamente 5 kilómetros de diámetro, suficiente para cubrir parte del territorio de las islas visitadas.

⁹ Elegimos esa frecuencia ya que se encontraba desocupada en cada una de las islas visitadas.

¹⁰ Chiloé en Huilliche.

⁶ Escucha la música de Moloco en el archivo sonoro publicado en www.proyectoarchipelago.cl



La radio tiene una intensidad especial en los territorios aislados, ya que potencia su capacidad de conectar y crear comunidad. A diferencia de la ciudad, sintonizar allí no es un mero acto anónimo sino de complicidad. Más aun, la radio como aparato nostálgico y cotidiano, siempre presente en los hogares, se vuelve excepcional cuando es la propia voz la que emerge de su interior. Vimos ese efecto, la emoción de oírse, de escuchar voces cargadas de memorias y sentidos comunes que, viajando por el aire, llegaban hasta la intimidad del hogar en el acto cómplice de una comunidad sintonizada.

Esta acción poética de retornar la voz, la memoria y el paisaje en una señal efímera, fue la última acción del proyecto antes de descender de la Quento en la tercera travesía. Ahora, en la distancia, vemos con nostalgia la multiplicidad que ha sido Archipiélago: vivencias, encuentros, acciones, transmisiones, escuchas, derivaciones¹¹. Una experiencia para estar agradecidos del mar y su gente.

Fernando Godoy, agosto de 2020

¹¹ Hasta el momento el proyecto ha producido esta edición, un sitio web, las intervenciones relatadas en el texto, una película documental a cargo del realizador audiovisual Carlos Lértora y una instalación sonora, realizada junto a Esteban Agosín, que fue exhibida en el MAM de Chiloé durante el 2019. Además, durante abril del 2022 se realizó un 4to viaje para visitar tres nuevas islas y la exhibición del documental en Chiloé.





...yo me crecí con mis abuelos y ellos decían... las nubes vienen de allá para acá..
es por que va hacer sur... viene de allá para acá es por que va hacer norte...
ellos calculaban más menos.. la altura a que estaba el sol..
ya hija son las nueve te vas al colegio.... ellos calculaban cuando uno llegaba.. directo del colegio..
el sol estaba en una parte y si uno se demoraba.. el sol iba a estar más abajo...
y ahí entonces uno.. tenía que darle explicación po'....

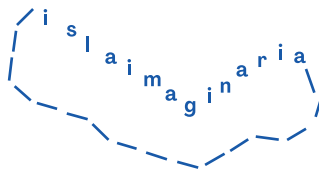
...cuando hay una persona enferma que no se quiere sanar...
que está espiritua... que tiene un trastorno de susto, una cosa así..
yo lo alivio con el puro fuego y los remedios.. se hace el cutupelle con las varas.. el fuego.. el mono...
y con eso uno le hace una limpieza al cristiano y una o dos veces se repite...
y se sana el cristiano.. se sanan los niños.. la gente adulta....



Un acercamiento como el que pretendemos no concibe involucrarse solo desde la vertiginosidad, sino que entiende esta aventura como un acto simbiótico, que va desde lo desesperado hasta lo contemplativo, que se contagia de risas y lamentos, que camina al ritmo de una nostalgia que ya se hizo cadencia propia.

De alguna manera este viaje, a modo de correspondencia, es un viaje/oportunidad de decir en metáforas algo sobre otrxs. Es por ello que este tiene límites, reales e imaginarios. Tiene posibilidades de ser toda inspiración o todo lo ominoso. Quizás, como cualquier lugar (o ser) vive de su contradicción, de su historia de amor y dolor, pero eso mismo que lo acerca a otras realidades es también aquello que le diferencia, le hace ser una verdad y un error. Esta historia es nuestra historia, esta historia es un recorrido, un paisaje vivo, un atardecer de otoño.

Este ejercicio de oscura claridad no busca apologizar ni condenar. Viene a crear un trazo en grafito sobre un papel con forma de isla y cuyos límites son los primeros en hablar. Es más, viene a dialogar con el mar, frontera obligada, que es con toda seguridad la inmensidad inabarcable que determina, probablemente, todo.



Para una isla (real o imaginaria) el límite que representa el mar es un diálogo con aquella constante y pretenciosa ola, belleza total que busca avanzar, cruzar, pasar, como si nos mirara con desafío en su ir y venir. Recordándonos todo el tiempo que cualquier día puede recuperar su totalidad y borrar los bordes.

Entonces nombremos; Chiloé. Así se llama esta cicatriz aceptada. Invoquemos su sagrada maldición, su verde profundamente oscuro, sus nalcas, sus aves negras/coloridas, sus árboles milenarios, sus playas improvisadas, puertos acorralados, barcos vivos y olvidados, santas estructuras más divinas por arte que por iluminación, caminos de tierra que no llevan a ningún lado, alimentos demasiado abundantes, humedales que huelen a error y suenan a olvido, asentamientos de casas y más casas que crujen cuál más única que otra, cuál más olvidada que otra... el barroco parece pequeño, la isla ofrece una multiplicidad que no para de multiplicar.

Y las historias afloran como las hojas de los inmensos árboles cuyas copas se pierden en el cielo, de bosques perennes siempre verdes, incapaces de botar sus hojas, selva húmeda y fría, tupida y testaruda como la inmensidad de tonalidades del arcoiris o una noche de luna llena. Relatos que nos trasladan a épocas sin año, y a habitantes nómades y sedentarios que pisaron estos irregulares caminos, seres demasiado mundanos y otros obligadamente divinos. Historias que vienen desde siempre y desde ahora,



son presencia y ocultamiento, se encuentran en los caminos perdidos, en los bares, en cada casa, las llevan y traen los botes que salen por la madrugada a proveer de vida. Botes que incluso las cargan tatuadas en sus proas.

Y así, vienen y van historias y leyendas, barcos mágicos que no sueltan de éxtasis, demonios de bosque, musas de mar, serpientes vitales en pugna, iniciaciones hechiceras en cuevas perdidas de humedad... y tanto más, tanto más.

Chiloé pretende más, paisaje que es (parece) universo, se nos ofrece con sus rebeldías, sus reivindicaciones, sus traiciones, esos mitos tejidos de secretos oscuros, sus prácticas y técnicas singulares, solitarias y mojadas. Tanto amor violento que los tiempos no perdonan más (por fin), tanto alcohol (tanto), tanta calle para cruzar, tanto ven a mí.

No obstante, Chiloé son muchas islas, la posibilidad del acercamiento se complejiza, más de cuarenta dicen los serios, infinitas para los imaginarios, apertura de sentido a quien las habita o quien pueda encontrarlas o mantenerse ahí. Más apertura acorralada, más melancolías. Más cobijos de lana con los cuales taparse hasta la cabeza para tener otra oscuridad. Más sacrificios, más abundancia de sentido.

Por lo mismo nos referimos a una inmensa constelación dispar, distante, inconexa. Aquí en el archipiélago de Chiloé las casas desvanecen, caen, se mueven. Pareciera que en esta parte de la cordillera de los Andes, justo cuando se sumerge en el mar y se elevan estas formas geográficas variadas, las ruinas esperan a su desaparición. Las islas también desaparecen y se modifican por medio de mareas que suben y bajan.

La isla se habita en ese vaivén, se vive, se hace hogar, y por tanto nos hacemos parte material de la misma. Es así como surge la arquitectura chilota, y se levantan casas estilo granero que se despliegan uniformemente por todos los rincones, y cuyas similitudes solo se entienden en un movimiento semi caótico, una mezcla de estilos y tipologías de tejuelas rizomáticas. El alerce o ciprés de la guaiteca -que era el material principal de construcción- es finito, temporal y su destino es la muerte. Hay una pulsión de finitud que se deja ver en su aparecer. Así es como emerge un gesto honesto, que se ofrece como sino: toda verticalidad tiende a volver a su plano horizontal. Lo podemos ver.

Entonces, comenzamos a vislumbrar cómo estas casas nos dejan sentir el paso del tiempo, otro tiempo, móvil, lento, donde tanto las casas como los árboles tienen la forma del soplo del viento. Algo torpe, caído, frágil. Es un devenir único, que se mueve entre lluvias, tierras, algo de miseria (o mucha miseria) y la testaruda necesidad de seguir viviendo, habitando. Y donde además la tierra está tan erosionada y violentada por los resonantes golpes del mar que sutilmente tienden a desaparecer.

Así, nos acercamos a lugares que dejan los sentidos a flor de piel, lugares que se tocan, se miran, se escuchan, se viven incluso más de lo que uno quisiera. Y claro que la isla suena particular, claro que este ser, que es identidad y transformación deja un sonido en su movimiento, un gesto resonante, que a veces expresa a rítmico vaivén y otras a resquebrajamiento, a erosión.

Fiordos que se asemejan a cajas sonoras, bosques que atrapan voces desesperadas, caminos perdidos que se retuercen entre lamentos y el sonido del viento que se apresura sobre las casas. Sonidos de ayer, sonidos que quieren esperanza. Sonidos que son ruidos, y que todavía no son codificados, quizás nunca lo serán. Pero seguimos caminando, más por piedras sueltas que cemento, y en ese sentir del pie hundiéndose un poco, que requiere un pequeño esfuerzo para levantarlo, es donde se produce un mensaje corporal que nos hace parte de un algo.

En la isla, la naturaleza y la gente se mueven a un ritmo similar, el vaivén de las olas y el viento también se hace presente como manera de hablar, de cantar, de expresar. Lo vemos presente desde que nos levantamos, se hace parte de nosotros desde adentro hacia afuera. Isla que atrapa, pues siempre ha sido así, un sentido que requiere de un nuevo cordero para ser sacrificado, se oyen los alaridos a lo lejos. Convengamos también con que se escucha un nuevo renacer, otra vez, la isla dándonos vida y muerte.

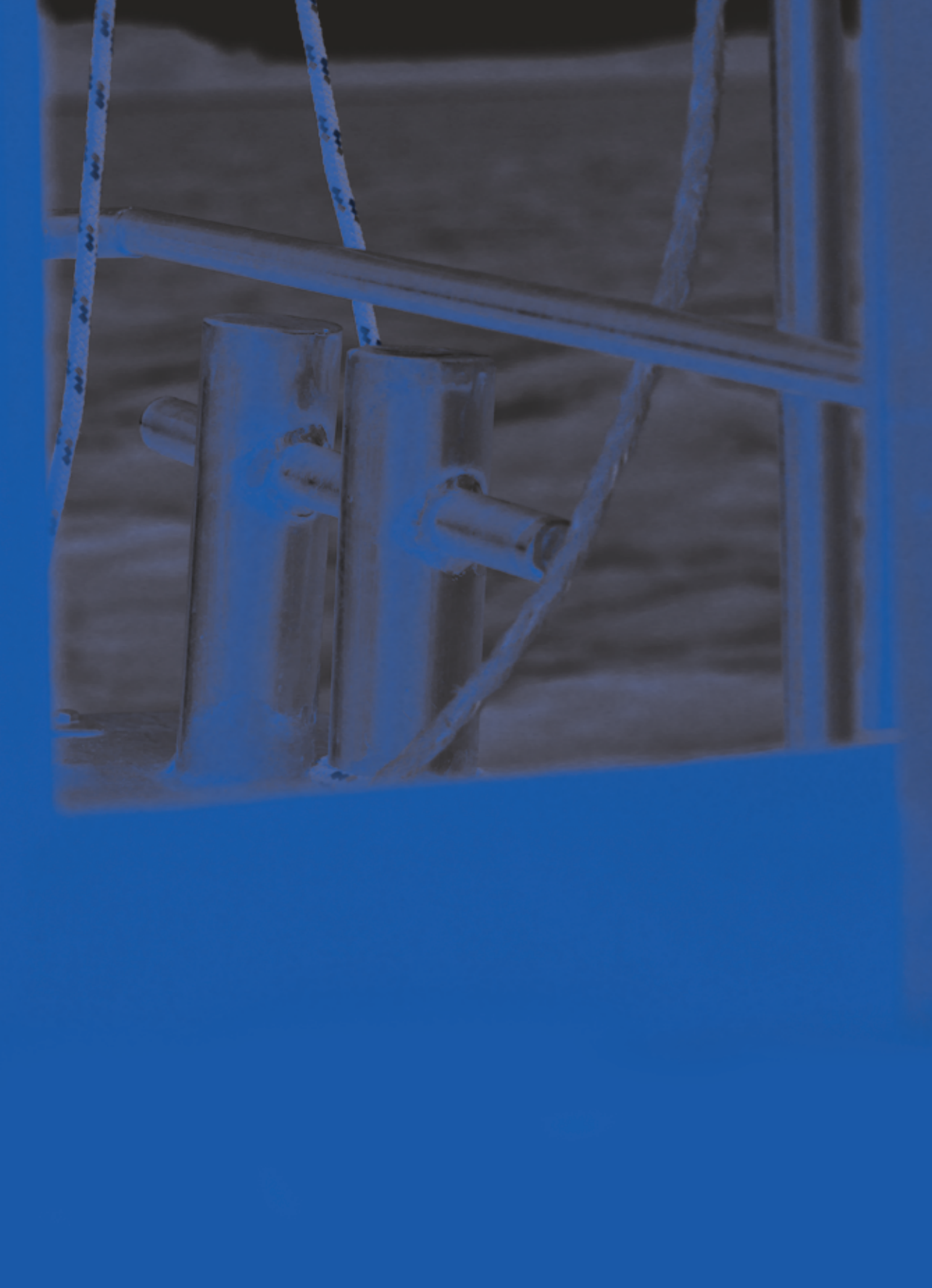
Y así, escuchar, volver a escuchar, escuchar otra vez. De esa manera nos hace(mos) paisaje, abriéndonos a este panteón de verdades, ¿acaso un museo? uno vivo, sonoro, en constante cambio, un museo imaginario. Uno que nos recuerda que estar presentes se trata de ser parte de aquello que se nos aparece sin temor, un museo que no tiene miedo al olvido. Un museo que no prescindió del amor, que se hizo fuerte casi despreciándolo. Pues en el fondo es orgullo, afirmación de caos, aceptación pristina.

Otra vez Chiloé, que apareces como un recorrido necesario para el viajero insaciable, y que en el fondo eres una gran obra en construcción que desprecia al pasante que no sabe de tu amor/horror, que no sabe de tu espesor, de tu negación, del detalle salvaje que aguarda en la esquina de una casa recuperada. Un cúmulo de expresiones tan articuladas como inconexas. Queremos volver a mirarte, queremos viajar con tu sonido, como se vive el museo más sublime posible. Queremos (o estamos seducidos) por mirarte/escucharte más allá del bien y del mal.

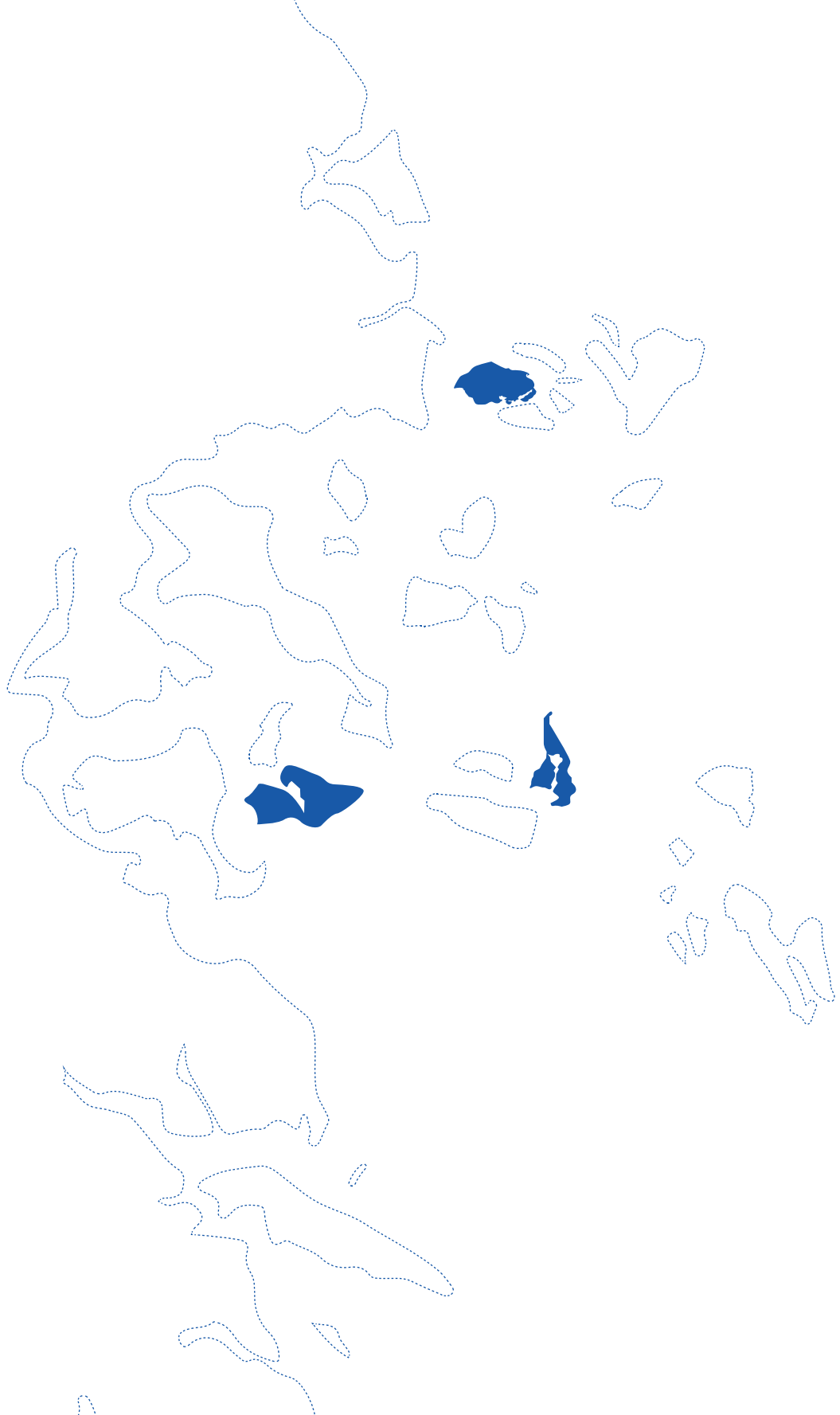
Estas islas aparecen como un museo estruendoso e imaginario, construido de ruinas de aquello que estuvo y permaneció, un verdadero archivo visual-sonoro compuesto de imágenes, ruidos, poemas, herbarios, canciones, desechos, estremecimientos, objetos en desuso, silencios, y un infinito de otredades reales y oníricas, corporales y fantasmagóricas. Capas superpuestas, grietas, ecos, pedazos y heridas que se camuflan entre un jardín, donde las malezas habitan la ruina, se apoderan de ella y se vuelven islas imaginarias.

Entonces, este inocente entrecruzamiento de palabras y sensaciones, de vida y de otredad, busca un horizonte. Acaso construir un museo imaginario a partir de ruinas. ¿Por qué no? En las islas se encuentran muchos de ellos, todos diversos pero con algo en común, un deseo de acumular y mostrar/ocultar a otros aquello que estuvo y permaneció. Casas museos que detonan historias de lugares, de árboles genealógicos y de viajes. Historias de familias que se instalaron en lugares complejos, en otros tiempos y que hoy están en ruinas, y sin embargo aún se oyen. Pero nuestro museo imaginario en ruinas trata de un otro archivo visual y sonoro, imágenes de muchos, gritos de todos, construcciones documentales a partir de lo múltiple. Con ello queremos decir fotografías, ruidos, dibujos, poemas, herbarios, canciones, desechos, estremecimientos, objetos en desuso, silencios, y un infinito de más objetos reales y oníricos, corporales y fantasmagóricos. Capas superpuestas, grietas, ecos, pedazos, heridas que se camuflan entre un jardín que también es un espacio en movimiento, donde las malezas habitan la ruina, se apoderan de ella y se vuelven islas imaginarias que en el fondo no quieren nada contigo.

Este ensayo fue escrito entre viajes y a modo de correspondencia, entre muchas idas y vueltas entre Rosario Ateaga y Daniel Hermosilla.
Febrero 2020



...después de repente.. en calma... suben cosas... por ejemplo...
hojas que están abajo en la playa.... ubica la quila?... esas hojas por ejemplo están en la playa...
y de repente están arriba en el centro del campo... esto que tiempo malo va venir, decía el antiguo...
y era verdad.... y así los abuelos eran muy sabios...
cosa que yo.. no saque nada de eso....



ISLA APIAO



José Millalonco



Juan Paillacar



Maria Nahuelcar

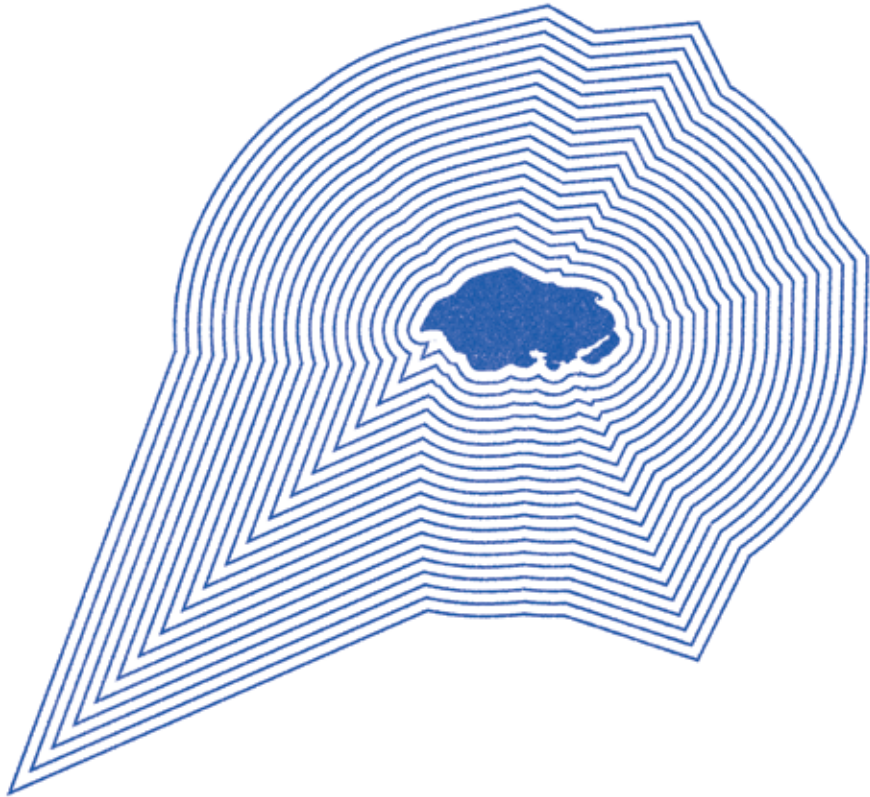


Pedro Jara



Pacual Huichaquelén

ISLA MECHUQUE



María Cheuqueman



Juan Pedro Cheuqueman

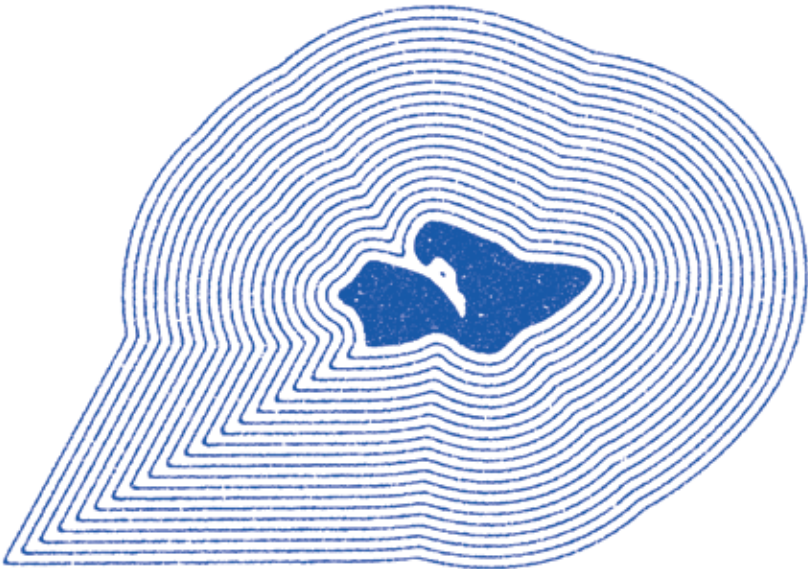


Luis Barrientos



Edison Paulino Barrientos

ISLA QUEHUI



Beatriz Paillamán



Eulalia Chicuy



Ramón Rumipillán



Rodrigo Ruiz

...bajando del cerro acá onde vivimos... cuando... baje acá entonces el niño andaba revolcándose...
y me decía.. tal persona me dio.. un trago.. y me dijo que pa que me sane vas a
vender todos tus animales.. y tu papá va pagar 100.000 pesos pa que te sanes....
y nombraba a dos personas.. dijo esa señora me dio ese trago... pero nunca jue así porque...
porque esa gente estaba en las islas del sector a la luga...fue solamente cosa que..
quizás en el aire se agarró algo.. y.. jue eso....

...yo arrendé una chalupa y lo lleve a la isla de Alao... y la machi me dijo, que era.. el niño le...
le hicieron algo malo.. y por eso el niño está así.. y me dio remedio...
y cuando lo trajimo en la noche le dió ma juerte!... por que el niño
no caminaba.. se mordía la mano.. se hacía de todo... entonces en ese momento lo llevé donde
otra señora que se llamaba Paulina Paillacar... que era una machi.. que era partera..
la señora lo reconoció.. me dijo caballero su hijo no tiene ningún mal..
nada... solamente se agarró un aire que andaba.. así.. me dijo.. y tuvo suerte que no lo pescó bien
porque sino lo iba a matar.. y me dijo yo mañana.. en la mañana bien temprano..
antes que suba el sol... voy a ir a agarrar unos pastos.. me dijo, y... y voy a ir a su casa....

TEMPESTAD DE LA ISLA DE QUEHUI

Quehui, mi isla, a pesar de encontrarse a 21 millas náuticas de la capital provincial del archipiélago de Chiloé, en los últimos 50 años y desde que tengo memoria, ha sufrido cambios sustanciales.

La isla cuenta con 4 sectores (Los Ángeles, Camahue, San Miguel y Peldehue) donde Los Ángeles es el principal villorrio por su bahía bien protegida del viento, siendo la salida más expedita a otras islas o centros urbanos.

En los años 70 la conectividad al interior de la isla era muy precaria, con caminos o huellas angostas cubiertas de matorrales, rutas que las personas debían realizar a pie, caballo o con yunta de bueyes y trineo, para bajar sus productos a Los Ángeles y así tomar la embarcación. Estas distancias eran en algunos lugares de más de 8 km. En muchos casos se realizaba a pie descalzo, ya que era difícil conseguir zapatos o botas de goma. Tenían que salir desde sus casas a las 4 o 5 de la mañana, los más distantes, con faroles para alumbrarse (fabricados con botellas sin fondo en la cual introducían una vela y la tomaban con un gancho), algunos con lámparas a parafina (pétromax) o mecheros también a parafina. Las linternas eran privilegio de pocos.

Las embarcaciones en un comienzo eran *chalupas* o goletas, de no más de 12 metros, propulsadas por el viento a través de su velamen y también con remos. Las travesías podían ser de uno o más días, dependiendo del clima, teniendo muchas veces que detenerse o hacer *quelcún* (tiempos de espera) para capear el tiempo. Llegando a Castro, las personas vendían sus productos, papas, mariscos, cerdos, aves, huevos etc., luego se abastecían de insumos, y los de mayores recursos económicos husmeaban en las casas importadoras por algún artefacto tecnológico. Castro, en esos tiempos, era puerto libre al que llegaban muchas cosas importadas y de alta tecnología para la época.

Con el arribo de los primeros motores, las personas de mayor poder adquisitivo construyeron embarcaciones un poco más grandes que las llamadas goletas, pero a motor. Salían desde Los Ángeles, pasando al sector de San Miguel e isla de Chelín, para luego ir a Castro. Esto disminuyó notablemente el tiempo de navegación a cerca de 4 horas, dependiendo del tiempo y del desembarque con botes, ya que las playas no eran aptas y no existían muelles o rampas.

La educación en ese tiempo era estricta tanto por los padres como profesores enfocados en la formación de valores, hábitos y respeto. La mayoría de estos profesores venían de escuelas normalistas con gran vocación. Todavía recuerdo a compañeros que caminaban largas distancias a pata pelá, pies que se iban moldeando con el

barro de ciénagas, espinas de *murras* (moras) o espinos. Luego de un lavado de pies en algún charco cercano se ingresaba a la escuela. Una de las actitudes que más recuerdo era el saludo a cualquier persona, el respeto, la solidaridad y empatía.

La mayoría de los alumnos no continuaban estudios después del sexto u octavo año básico por la lejanía con Castro y la falta de recursos económicos. Solo eran contados los que proseguían.

Como actividades sociales se realizaban los *medán*, en donde la gente llegaba a la casa del vecino que lo organizaba, pero con las manos llenas, en el sentido que llevaban algo como paga. Ahí se compartía, comía y bailaba hasta altas horas de la madrugada.

Las trillas de trigo, aventaduras de avena, la maja de manzana, eran prácticamente fiestas, donde se realizaban mingas de vecinos que iban en ayuda de forma desinteresada. Se buscaba a personas que tuvieran maquinarias para realizar estas actividades, todo esto con una buena comida, vino o chicha, pan y carne. Al terminar el dueño de casa les preparaba paquetes con alimentos en agradecimiento.

Las fiestas religiosas, como la celebración de las patronas de las iglesias de cada sector, la celebración de comuniones, confirmaciones, llegada del obispo, eran todas fiestas muy importantes en donde se reunía gran cantidad de gente que realizaba actividades como adornar las lanchas, plaza, y lugares para comer.

Las botaduras de lanchas también eran fiestas grandes, donde acudía gente del centro de la isla con sus yuntas, aparejos y personas en general que ayudaban a mover y sacar del reposo a la pesada embarcación. Con lanchas de vecinos se le daba un último tirón, donde los motores de dichas embarcaciones llegaban a botar humo por su escape de tanto esfuerzo, recuerdo que las narices de los orilleros quedaban impregnadas a gas de petróleo. Luego de amarrar la embarcación nueva en el centro de las otras se subía a todas las personas dando unas vuelta por la bahía con baile, cóctel y tocando las bocinas, para luego ir a la casa del dueño a la comida y fiesta principal.

Los *reitimientos* de cerdos o carneos de chanchos también era un trabajo arduo que demandaba la ayuda de los vecinos (*minga*), con faenas que duraban unos dos a tres días, y en donde a la luz de las lámparas y al fuego que utilizaba el caldero salían los primeros pedazos de carne, chicharrones y manteca. También se preparaban las morcillas, longanizas, las orejas del cerdo, que junto a la *tragua* o *chagua* era lo primero

que se comía una vez que el animal estaba limpio, quemado, raspado y lavado. Los niños siempre pedían la *yua* o vejiga del animal, la que secaban en un ahumador, o cerca del fuego del caldero, y a través de una paja o espiga de trigo la inflaban como un globo o pelota para jugar. Todo esto terminaba con una comida en una gran mesa preparada para los familiares y vecinos que ayudaban, y a los que no también se les guardaba su plato de *yoco* (carne, sopaipillas, roscas, milcaos, chicharrones, morcilla, chaguas) y se les iba a dejar a sus casas.

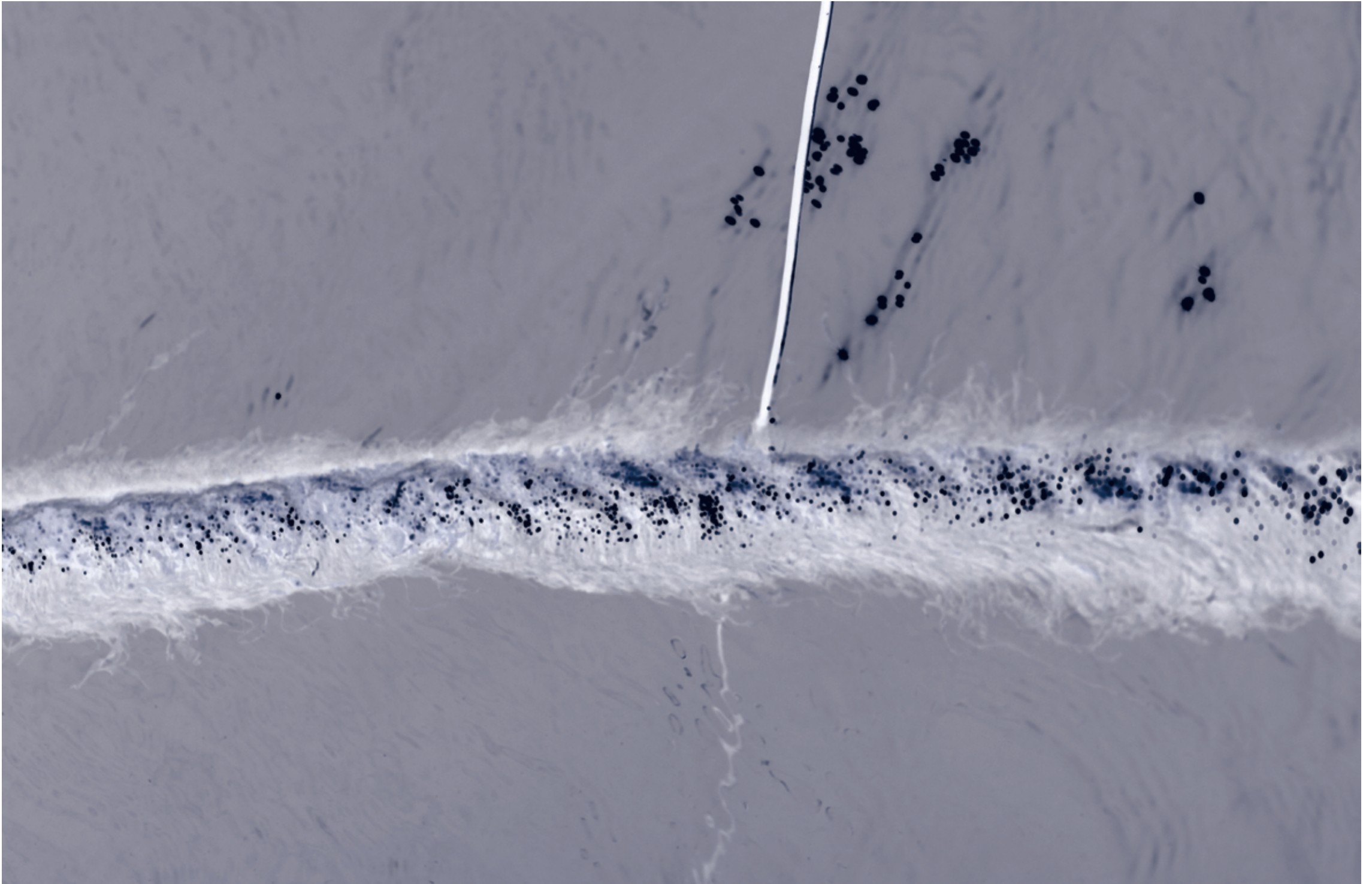
Las mariscas en mareas de *pilcanes* (mareas largas, periodos de luna) también eran un punto de reunión, principalmente para los habitantes ribereños. Almejas, erizos, caracoles, cholgas, jaibas y cangrejos se recogían desde la misma playa. La pesca de jurel, sierra, róbalo, tollo, coldes y pejegallo eran abundantes, se llegaban a congregarse entre 20 a 30 botes a remo en las salidas a las sierras o jureles, ya que estas especies viajan en cardúmenes.

En el nuevo año las embarcaciones las engalanaban con faroles recubiertos de papel celofán de distintos colores, de proa a popa, emulando a nuestra nave mítica (El Caleuche) y realizaban recorridos hasta la isla vecina (Chelín). Volviendo a la bahía se amarraban las lanchas y todas las personas se daban el abrazo de Año Nuevo, tocando bocinas, gritando, mientras la gente del estero o de más lejos realizaban fogatas al sonar de las campanas de la capilla.

El fallecimiento de algún habitante también era un motivo de congregación social, por lo general se velaban tres noches y se realizaba un novenario, o sea nueve noches más de rezos, todo esto con vituperios y atenciones para los asistentes. Noche por medio se les servía comida, para finalizar la última noche con una cena más contundente llamada remate, en donde se les entregaba panes de horno, carnes, etc.

La construcción de casas promovía la colaboración (*minga*) entre vecinos. A falta de herramientas para cortar la madera muchas eran construidas a todo el largo de la tabla, por eso las viviendas antiguas de Chiloé eran tan altas, externa e internamente. Una vez terminada la obra correspondía al dueño de casa agasajar a los demás. Las personas de menores recursos vivían en casas con techo de pasto o fonolita, que simulaba la plancha de zinc pero era un tipo de caucho.

Además la sacadura de remolacha o la de papas eran trabajos demandantes y de reunión social, no solo por el hecho de sacarlas, sino que también de cargarlas y subirlas al barco de Empremar (que las trasladaba a Puerto Montt) o a las lanchas. Trabajo no menor ya que las bolsas llegaban a



pesar 80 kilogramos y todo era a pulso, en playas bajas con cangrejas, luego al bote y de allí subirla a la embarcación.

Con el correr del tiempo algunas pocas personas lograron adquirir radios y televisiones a tubo en blanco y negro. Cuando había algún evento deportivo, como fútbol, o box de Ali, muchos bajaban donde ese vecino a escuchar o ver dichos eventos, incluso algunos se trasladaban en bote desde el sector de San Miguel para ver estos programas. Siempre compartiendo con un vaso de chicha caliente, un pedazo de churrasco o la voluntad del dueño de casa.

En ocasiones, el puerto de Quehui llegaba a contar con 10 o más embarcaciones, principalmente *chalupones*, que venían a vender productos de otras islas más lejanas como las Desertores; leña, pescado ahumado, sardas de mariscos ahumados etc. Estos pernoctaban bajo el castillo de la embarcación al lado del fogón tomándose unos mates. Todavía escucho el rechinar de los grandes remos junto a sus toleteras, cuando no tenían viento para ingresar a vela a la bahía. Permanecían unos 3 a 4 días, hasta vender sus productos o intercambiarlos, generalmente, por chicha de manzana.

Los caminos y matorrales fueron poco a poco cediendo con el mismo tránsito de la población, dando paso a yuntas con carreta a ruedas. Algunas políticas sociales del gobierno también comenzaron a mejorar los caminos. En estos tiempos la isla contaba con más de 3000 personas, las familias eran numerosas de 8 a 9 hijos. La mayoría apoyaba a sus padres en la agricultura y en temporada de primavera verano viajaban a Punta Arenas o al sur argentino (Patagonia) a diversas actividades ovejeras.

Poco a poco se fueron mejorando ciertos servicios, como los portuarios. Se construyeron precarios muelles de concreto en San Miguel, isla de Chelín y en Los Angeles de Quehui, pero que no daban el largo suficiente, ya que con marea baja quedaban expuestos y siempre había que recurrir a los botes o a pendientes, ya que la lancha se podía acoderar perfectamente a las puntas y a través de un tablón desembarcar. Las embarcaciones, ya a motor, fueron mejorando, de tener 40 hp., a máquinas de 80 hp., lo que fue acortando aún más los tiempos de navegación.

Comenzó así una sana envidia en los lancheros del puerto por querer mejorar sus lanchas, hacerlas más rápidas, más lindas, las mejores. Esto le dio un gran impulso a la isla, y no solamente a esta, sino que a otros lugares del archipiélago también.

Las fraguas existentes en la isla fueron desapareciendo, entre el olor del carbón avivado por el fuelle y el tabaco con papelillo consumido por sus dueños. Recuerdo la que estaba cerca de mi casa que se dedicaba a moldear los fierros, clavos, eslabones para las cadenas de las anclas,

candeleros para las barandas, gualatos para sacar papas o remolacha etc.

No tardó mucho en que llegaran los generadores eléctricos, traídos por los pocos vecinos que contaban con el poder adquisitivo en esos tiempos. Estos equipos lo mantenían encendido unas 3 o 4 horas en la noche principalmente. Al poco tiempo (fines de los años 70) un grupo reducido de vecinos formó el comité de luz de Los Angeles, logrando comprar un generador y obteniendo luz por unas 3 horas durante las noches, abasteciendo a unas 30 familias.

Mientras tanto aparecieron los televisores a batería que hicieron furor dentro de la isla, produciendo en muchos casos la ociosidad, el problema era que la batería se gastaba. Pero las personas contaban con dos baterías y eran enviadas a Castro a través de las lanchas para ser cargadas y enviadas de vuelta, muchas en cajones bien pintados con los distintivos del dueño para que no se extraviaran y en muchos casos como ostentación social dentro de la comunidad. En ciertas ocasiones viajaban más baterías que personas.

En 1988 aparecieron las primeras salmoneras, que generaron un cambio radical en la mentalidad isleña. La demanda de personal contratado y asalariado es importante, llegando a contar con unas 120 personas en temporada de cosecha por cada centro. A los trabajadores poco a poco les comienza a gustar el dinero, y si bien mejoran su estándar de vida, los campos van quedando abandonados y el individualismo y egoísmo comienza a crecer ante el mayor poder adquisitivo.

Pero esta situación dura poco, no más de 5 o 6 años, ya que la llegada de la tecnología a las salmoneras implicó masivos despidos de mano de obra local. Al regresar a sus casas, se ven con sus campos sucios de espinillos y malezas, y existe cierta pereza por volver a la agricultura teniendo tan baja expectativa lucrativa, entonces son atraídos por las luces de la ciudad. Postulando a subsidios gubernamentales logran obtener su casa, lo que conlleva a un éxodo de los habitantes de la isla a la urbe de Castro. Las personas realizan labores en plantas de proceso, construcción, supermercados etc.

La cantidad de alumnos en las escuelas disminuye paulatinamente. La escuela de Camahue es cerrada por falta de alumnos, y las demás disminuyeron considerablemente su matrícula, siendo la de Los Angeles la con mayor número.

Alrededor de 1998, y a través de ayuda de fondos municipales, en los sectores de Peldehue y San Miguel llegan generadores comunitarios que abastecen de luz a cada sector por unas tres horas en la noche. Los que no pueden acceder a

dicha luz compran generadores propios, así se van terminando las televisiones a batería y llegan los primeros televisores a color.

Los caminos principales al interior de la isla se ven mejorados lo que da pie a la llegada de vehículos en forma masiva, contando con unos 60 a 70 en la actualidad. Desde hace unos 7 años el transporte escolar fue licitado, no teniendo ningún niño que caminar para llegar a la escuela.

El recorrido de las lanchas a Castro también fue licitado, con lanchas más grandes y rápidas, siendo el valor del pasaje reducido a \$1.000 por persona y \$500 para adultos mayores. Los viajes se acotaron a unas 2 horas de navegación.

Hace dos a tres años, la isla cuenta con generadores más grandes administrados por SAESA que suministran de luz a toda la isla las 24 horas al día, masificándose los electrodomésticos. Todo esto conlleva a terminar con los ahumadores o fogones que servían para conservar la carne, pescados, mariscos, etc.

Si bien la llegada de todos estos adelantos tanto en la isla, como en nuestra capital comunal y provincial (Castro) mejoró nuestra calidad de vida, no lo hizo así con nuestro entorno más inmediato (medioambiente). La llegada de embarcaciones buceras de diferentes lugares fueron diezmando la población de mariscos, pero la introducción de la salmonicultura alrededor de la isla y Chiloé fue lo más dramático para la vida marina. El exceso de salmones por jaula producía grandes cantidades de fecas que iban al fondo, el alimento que no era asimilado por los peces también terminaba en el suelo marino. Bolsas de nylon en que venía el alimento, cables de apoyo y así una serie de elementos que por negligencia y por mala educación eran vertidas al mar, todo esto sumado al escape de salmones que hicieron desplazar a las especies nativas del lugar. Lo mismo ocurrió al introducir especies arborícolas de otros países, como el eucalipto principalmente, que cambió el hábitat de muchos animalitos, aves y el entorno del lugar, reseca los alrededores.

La isla se ha ido envejeciendo, la población actual no es más de 1.000 personas, ya que la mayoría de los jóvenes después de obtener su cuarto medio se queda en Castro trabajando, en supermercados, malls, casinos etc.

De la vida comunitaria, solidaria, afín con nuestro medio, hemos pasado a ser seres individualistas, poco solidarios, egoístas y poco tolerantes. ¿Cómo se puede llegar a una evolución sustentable, sin que se perturbe la mente humana, ante el lucro que prometen y permiten las grandes empresas que cambian tan radicalmente nuestros códigos de vida? Considero que más que una evolución es una involución que sufrimos como sociedad.

Anhelo y espero que a nuestras nuevas generaciones se les inculque e impregne la importancia que tiene el hecho de respetar y valorar nuestra identidad. No necesariamente asumir que todo lo que viene de afuera o ciertos adelantos son positivos, ya que muchos de ellos mellan nuestro hábitat, idiosincrasia, conciencia social, y no vemos la realidad, lo que sucede con nosotros, con nuestro entorno. Tal evolución o desarrollo, no puede provenir del desmedro social o medioambiental.

Por último, quiero agradecer y valorar a todos los adultos mayores, que con coraje y esfuerzo forjaron el proceso evolutivo de mi querida isla, sin dejar de lado la forma de vida adquirida. Y a las personas que trabajan en seguir promoviendo y rescatando nuestras tradiciones ¡muchas gracias!

Rodrigo Aquiles Ruiz Pérez

al otro día la señora bajó.. como a eso de las nueve e la mañana bajó..
y el remedio que hizo la señora.. solamente al niño le saco la ropa..
y unos pastos.. que lo traía.. los masticó asiee.. y se lo largó de susto en el cuerpo..
y ustedes van ha creer que hasta los días de hoy.. mi hijo ya tiene..
como treinta y cinco años... no se ha enfermao... se sanó con eso....

...el cutupelle es para cuando está enferma la persona.. está mal del corazón..
tiene algún sentimiento malo.. no duerme bien.. está asustada.. se cayó por ahí..
o tuvo alguna pérdida de un ser querido y no se recupera pronto.. así que hay que hacer limpieza...

Archipiélago es un proyecto de Fernando Godoy en colaboración con Esteban Agosin, Carlos Lertora, Eric Mattson y Sebastián Tapia.

Textos:
Fernando Godoy
Rosario Ateaga + Daniel Hermosilla
Rodrigo Ruiz

Diseño editorial:
Otra Sinceridad

Imágenes
Fernando Godoy
Carlos Lertora

Edición y corrección de estilos:
Agnes Evseev
Kena Kokaly
Fernando Godoy

Impresión
GSR

TE-08
Tsunami Ediciones

Un profundo agradecimiento a todxs quienes colaboraron y fueron parte de este proyecto: Raúl Garay, Rosario Ateaga, Daniela Vega, lxs niñxs de la escuela Bordemar de Mechuque, Bety Vazquez, Juan Guentelican, Maria Isabel Cheuqueman, Juan Pedro Cheuqueman, Luis Barrientos, Edison Paulino Barrientos, lxs niñxs de la Escuela Rural Ostricultura de Apiao, Amelia Cardenas, Yasna Paillacar, José Millalonco, Pedro Jara, Juan Paillacar, María Constanza Nahuelcar, Pascual Huichauelén, lxs niñxs de la Escuela Rural Los Angeles de Quehui, Angelo Santana, Ramón Rumipillan, Beatriz Paillaman, Eulalia Chicuy, Rodrigo Ruiz, lxs niñxs de la Escuela Rural Alao, Cristian Perez, Carlos Hueicha, Gladis Tureuna, Vilma Neun, Aurelio Neun, lxs niñxs de la Escuela Rural La Capilla de Caguach, Hilda Chamia, Cristian Levin, Raquel Hueicha, Rosario Almonacid, Cecilia Fresia Perenchiguay, Hostal Juanita, Clementina Lepio Melipichún y la Comunidad Huilliche Alto del Fundo Gamboa.





Proyecto Financiado por
Fondart Regional Los Lagos
Convocatoria 2019

TSONAMI
EDICIONES